Retumban los pasos en mi cabeza.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Suenan compases. Repeticiones.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Procesión silenciosa.

Siempre hago este recorrido rodeado de gente. Es extraña la sensación. En ningún momento me dejan solo pero nunca me siento acompañado. Me siento enfermo. Las miradas ajenas me hacen sentir así. Cada vez que me tocan, sus iris se pierden en una nebulosa blanca. No me soportan. Soy el leproso. Tengo una leve joroba. También escoliosis. Hay cosas que son demasiado pesadas para llevarlas siempre con uno. Cada vez que recorro este pasillo pienso en eso. La luz se filtra por las hendijas y se me achinan los ojos.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Suenan compases. Recuerdos acuartelados.

Agradezco estos pequeños momentos en contacto con la naturaleza. Son apenas unos segundos de una liviandad absoluta. Pienso en los dedos de un concertista que se mueven a toda velocidad sobre las teclas blancas, recién lustradas, de un piano de cola. Mi tía tenía uno de esos. Lo vendió para pagarle una escuela privada al hijo. Se me llena el buche de saliva. Tengo unas ganas irresistibles de escupir contra el suelo. Me esperan unas cuantas verdades si no reprimo el deseo. Veo a uno de mis compañeros sonreír en la oscuridad. Se me deforma la cara, ruidos guturales, un beso. La espesura me roza los labios y choca contra el cemento gris.

Gritos lejanos que se acercan. Ecos de sentimientos guardados en una cámara acorazada. La madera choca contra mis costillas, contra mi estomago, me deforman los pómulos y me vencen las rodillas. Murmullos y susurros. No se animan a decir lo que sienten en voz alta. A veces es mejor quedarse callado. El sabor de la sangre se me hace carne en la boca. Les sonrío. Sonrisa carmesí.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Final del recorrido.

Detrás de la puerta me espera con su mirada socarrona. Siempre impartió respeto. Hace quince años que nos conocemos y nunca se permitió tutearme. Una palabra suya hubiese servido como placebo de este encierro. Se le arquea una ceja al verme cojear. Una sola ceja. Como si le hubiesen contado el remate antes que el chiste. Él sabe, siempre sabe. Una vez que pisamos su jungla de cemento, toda posibilidad de vivir una vida normal desaparece. No tiene intenciones de dejarnos salir. Es más divertido que nos quedemos adentro.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Suenan compases. La voz de Virgilio.

Nuestros ojos encuentran y me siento por instinto animal. Sus manos descansan en sus bolsillos. Sus pies bailan una melodía silenciosa. Se acerca. Los doctores deben ocultar sus miedos antes los enfermos. Lo pierdo de vista. Me da miedo girar. Siento el contacto sobre mis hombros. Carne y hueso... y látex. Algo es algo. Me desinflo. Medito un momento. Tiembla el pulso del peón que deja al rey expuesto. El encierro tendría que haber servido. Un momento de introspección, de conocimiento. Pero no. Fue parálisis y confusión. Quince años de parálisis y confusión. Son tantas las emociones, acá sentado, que ninguna llega a cruzar el umbral. ¿Unas últimas palabras? Pienso miles, millones. Siempre tuve devoción por las personas que podían hacer de sus palabras las últimas e irrefutables. Como los personajes de las películas que todo lo abarcan de manera perfecta: vocación, profesión, vanidad y elocuencia. Me quedo mudo.

Un golpe. Dos golpes. Tres golpes. Baja la palanca. Marcha fúnebre.